

humores, perdiera la salud, tan necesaria al buen servicio y esplendor de la monarquía!

Unas veces era preciso conseguir una moratoria de diez años para que tal ó cual duque no se viese importunado por los estúpidos de sus acreedores... Otras veces habia que beber los vientos para conseguir que el fuero del Honrado Concejo amparase á Fulanito, en cuyo caso, y mientras aquel decidiera, éste no tenia que apurarse por la fruslería del pago de sus arrendamientos... Pues ¿y cuando habia que conseguir de la sala de Alcaldes una provisioncita para que en tal ó cual pueblo se repartieran los oficios dos ó tres individuos de una familia, de modo que por ser hermanos el alcalde, el secretario, el escribano y el procurador síndico, no habia la más mínima disputa en el arreglo del comun?—Existiendo estos asuntos, era necesario entónces tener en Madrid un amigo listo y de mucha mano en las oficinas, para que volviese lo blanco negro y lo verde encarnado en las cuentas, para que visitase á algun señor del Consejo y con él se entendiese; que si nó, capaz era el tal Consejo de darse de calabazadas por averiguar dónde se habia escurrido algun terreno baldío rematado en tiempo de los franceses...

Tambien solian ocuparme los señores de

Madrid y muchos de provincias en diversos negocios referentes á Tercias Reales, á ciertos atrasillos de Alcabalas, á compaginar las cuentas del receptor de bulas de tal pueblo para que no apareciesen distintas de las del alcalde, á resucitar cual expediente de Manda Pia forzosa, añadiéndole un par de planas á la antigua, tan diestramente imitadas que ni aún les faltaba la polilla... ¿y para qué cansar más?... ocupabánme en todo lo que fuese del mangoneo subterráneo de las oficinas, pues yo, por mi índole rebuscona, mi carácter dulce y la prodigiosa facultad de insinuacion que me otorgó Natura, habia establecido una red oculta, una multitud de hilos de connivencia tendidos de covachuela en covachuela y de despacho en despacho, con tal arte que nada me era difícil.

Verdad es que algunos envidiosos dieron en decir que se deshonraban teniéndome á su lado, y hasta se susurró que Su Excelencia queria echarme á la calle... (ya se hubiera tentado la ropa ántes de hacerlo); pero yo tenia muy buenos asideros en la administracion y de todo me burlaba. Antes hubieran movido de sus graníticos cimientos el Escorial que moverme á mí de mi silla en Paja y Utensilios. Como que mis calumniadores eran unos pobres papanatas que á penas sabian hacer otra cosa que el trabajo

material de su oficina, y así era de ver el maltrato de sus casas, pues muchos de ellos no tenían camisa que poner á sus chiquillos. En cuanto al aspecto de sus rostros y personas, daba grima verles, segun estaban de rotos, descomidos y trasijados, y no podia uno ménos de avergonzarse al pensar qué idea formarían de la administracion española los extranjeros que acertaran á conocerles.

Mi casa, por el contrario, era una tierra de promision. ¡Bendito sea Dios que á nadie desampara! Tan pronto venia la caja de dulce como la tarea de chocolate macho, ora las sartas de chorizos, ora un par de jamones: el plato de leche no faltaba nunca en las solemnidades, ni el par de capones en 24 de Julio... en fin, aquello parecia una colmena. Tanto iba creciendo mi clientela y buena suerte, que me ocurrió poner una agencia de negocios. Habia que ver como me solicitaban damas, oficiales, canónigos, marquesitos, ¡qué digo?... ¡hasta un señor obispo me honró con su confianza! Mi nombre fué bien pronto conocido en todo Madrid, quizás en todo el reino y sus Indias; transformóse mi persona; me sentí crecer, ¡oh! crecer hasta sobresalir por encima de las eminencias cortesanas; ví bajo mis piés á muchos de carroza y venera, miré cara á cara el sol de la grandeza y del poder,

y la ambicion empezó á morderme las entrañas, ¡pero qué ambicion y qué entrañas las mias!

Entre tanto, mi D. Buenaventura seguia enredado con los procesos, sin acertar á despacharlos. Las causas eran un embrollo estúpido, y en ellas no constaba nada positivo ni terminante, por lo cual los tontáinas de la comision de Estado no acertaban á condenar á muerte á ningun diputadillo. Lleno de ansiedad el Rey porque se hiciera pronta justicia, nombró una segunda comision de Estado, y comoesta se atas cara tambien, fué preciso designar la tercera, hasta que el gobierno se cansó de comisiones que nada hacian, y supo dictar por sí aquella saludable medida que cortó de plano la cuestion. Hízolo, si se quiere, por humanidad, pues á los infelices diputados que se estaban pudriendo en las fétidas mazmorras de Madrid, les venia bien tomar los salutíferos aires de Melilla y el Peñon por ocho ó diez años.

Y no se crea que un Rey tan recto y tan celoso por el buen gobierno, se dormia en las pajas. Él mismo extendió de su real puño una órden, disponiendo que el Sr. Argüelles no se moviese de Ceuta, durante ocho años, sin duda porque así convenia á la quebrantada salud del Divino asturiano.

Este decreto contra los diputados y el que

en 30 de Mayo de 1814 se dió contra los afrancesados que estaban en la emigracion, además de sus ventajas como contra-veneno del constitucionalismo, ofreció el inestimable beneficio de librarnos de toda la plaga de literatos, poetas y prosadores, que desde años atrás habian empezado á infestar al país.—Pues no sé... si no andan listos nuestros gobernantes, buenas se hubieran puesto las cosas! De seguro que Moratin nos habria aturdido con sus comedias y Melendez con su pastoril caramillo, y Gallego con su retumbante trompa. De fijo que Quintana y Sanchez Barbero y Búrgos y Lista y Tápia y Martínez de la Rosa habrian lanzado sobre la affligida nacion un diluvio de obras poéticas de diversos géneros, teniendo despues el descaro de pretender que el público se las pagara en época de tan poco dinero. Tambien Conde y Toreno nos hubieran mareado con sus historiotas, y Antillon y Ciscar con sus obras científicas, soliviantando á la nacion y metiendo ruido, para que los españoles despertaran del plácido letargo sabroso en que por fortuna vivian entonces.

A fin de establecer en todo el país aquella calma perfecta y absoluta, que es condicion precisa para que puedan lucirse los buenos gobernantes, fué preciso encausar á muchos que no

habian sido diputados, ni literatos, ni siquiera poetas, sino simples particulares oscuros, aunque cargados de crímenes nefandos. ¡Si era cosa que daba horror oír contar las maldades de aquella gente!... Hubo quien conversando en los cafés, en círculo de amigos, habló mal del despotismo. Me acuerdo de la causa formada al brigadier Moscoso *por no haber desplegado los labios*, mientras otros oficiales elogiaban la Constitucion... vamos, si no se puede uno contener tratando de esto. Bien hizo el fiscal en pedir para Moscoso la pena de muerte, porque el deber de éste era reprender á los desvergonzados oficiales... ¿Pues y los muchos á quienes se formó sumaria y fueron á Ceuta por haber escrito en los papeles públicos en tiempo de la Constitucion, ó por haber sido partidarios de ella, á pesar de que nunca dijeron "esta boca es mia?... " Nada, nada se les escapaba á aquellos benditos señores de la comision de Estado, y de ellos puede decirse que se excedian á sí mismos y hacian los imposibles por la rápida y eficaz administracion de justicia.

Verdad es que tenian en su auxilio á multitud de patricios vehementes que delataban sin cesar á los pícaros, refiriendo lo que oyeron tre años ántes y descifrando minuciosa y hábilmente el pensamiento de tal ó cual persona. La dela-



cion ¡ay! no era cosa fácil, sino muy trabajosa y comprometida, porque habia que meterse en las casas, fingiéndose amigo, interceptar cartas en el correo, seducir á los criados, engañar á los tontos y llevarles á los cafés, excitándolos á hablar; en fin, era obra difícil, á la cual sólo podian hacer frente la mucha fé y el desmedido amor al Monarca.

No se crea que éste dejó sin premio tan grandes virtudes y la abnegacion de aquellos leales sujetos que olvidaban los menesteres de sus casas para meterse en las ajenas, no; aquel sábio gobierno premió largamente á los delatores, dando á unos el privilegio de abastos de tal villa; á otros una plaza de fiel de matanza; á Fulano una procuraduría; á Zutano un oficio enajenable, etc., etc.

Lo más notable es que no se vió en aquellos dias ninguna ejecucion de pena capital, pues ni el mismo *Cojo de Málaga* llegó á bailar en la cuerda, como lo tenia dispuesto el gobierno, en castigo de haber alborotado y aplaudido en las tribunas públicas de las Córtes. Delito tan feo, tan contrario á los fueros de la nacion, á la dignidad del Rey y á la fé católica exigia expiacion durísima y un ejemplar que sonase en todos los ámbitos de la tierra española. El pueblo está furioso contra el *cojo*, el clero

escandalizado, los patricios muertos de impaciencia porque de una vez y sin pérdida de tiempo desapareciese de entre los vivos el inmundo reo; pero ved aquí que el embajador de Inglaterra (son los extranjeros muy amigos de farandulear) se interpuso, rogó, suspiró, áun dicen que amenazó, hasta que nuestro Rey, no queriendo malquistarse con la Gran Bretaña por un cojo de más ó de ménos, le conmutó la pena capital por la de presidio indefinido. La suerte fué que cuando llegó la orden, ya estaba Pablo Rodriguez con un pié en el cadalso y habia tragado lo más amargo de la alcuza. Quien más perdió fué el pueblo, que ya contaba por segura la ejecucion y se quedó á media miel.

Tampoco subió al cadalso doña María Villalba, señora de mucha bondad y hermosura, segun decian. Sí, ¡buena seria ella!... ¿Qué puede pensarse de una dama que cometió la felonía de escribir en confianza á cierta amiga, contándole algunos lances amorosos del Rey?... Afortunadamente el gobierno de entónces tenia la gracia de que no se escapaba en correos una pícara carta que contuviese algo importante... ¡Y la doña María se quedaria tan fresca, creyendo que su gran crimen no iba á ser descubierto! ¡Véase si vale de mucho el ojo diligente



de la administracion; véanse las ventajas de una estafeta celosa del bien público! Los buenos gobiernos han de estar en todo, y meter la cabeza hasta dentro de las faltriqueras de los gobernados, porque si no... ¡No faltaba más sino que cada uno pudiera escribir lo que le diese la gana, y despues encargar al gobierno la comision de llevarlo!... En fin, doña María Villalba fué puesta á la sombra, y si conservó la vida, fué porque se movieron en su pró muchas personas de influencia y todo Madrid se puso sobre un pié.

Pero todo no habia de ser blanduras, porque en aquellos dias restablecimos la Inquisicion.

## V

*Restablecimos:* permitidme que hable en plural. Yo tenia derecho á ello desde que logré meter mi cucharada en la tertulia del infante D. Antonio. ¡Quién me habia de decir que me veria en tales excelsitudes, mano á mano con gente nacida de vientre de reinas! Parecíame mentira, y me causaban admiracion mi propia persona, mis propias palabras. Sin quererlo me hacia cortesías á mí mismo. Aprendí á vestir-

me con elegancia, y los que me habian conocido meses ántes, se asombraban de mi transformacion.

Antes de dar á conocer la tertulia del infante, enumeraré la série de relaciones que me condujeron á palacio.

Desde que comencé á hacerme hombre de pró, solia visitar á las señoras de Porreño, una de ellas hermana del señor marqués de Porreño, que habia muerto poco ántes, hija del mismo la otra, y sobrina la tercera. Aquella casa, que ya venia muy agrietada desde el siglo anterior, estaba á punto de hundirse completamente, por cuya razon las tres excelentes señoras necesitaban buenos amigos que les ayudaran con amena tertulia y delicado trato á conllevar las pesadumbres de su lamentable decadencia.

En casa de estas señoras conocí á D. Blás Ostolaza, confesor del infante D. Carlos y predicador de palacio, hombre de los más eminentes que han vivido en España. Eclesiásticos como aquel debieran nacer aquí todos los dias, y aunque saliera uno de detrás de cada piedra, no estaria de más. El fué quien felicitó á Fernando desde el púlpito por el restablecimiento de la Inquisicion, diciéndole: «Apenas ha vuelto V. M. de su cautiverio, y ya se han bor-

«rudo todos los infortunios de su pueblo. La  
«sabiduría y el talento han salido á la pública  
«luz del dia, y se ven recompensados con los  
«grandes honores; y la religion sobre todo pro-  
«tegida por V. M., ha disipado las tinieblas,  
«como el astro luminoso del dia.»

El fué quien escandalizó en las Córtes de Cádiz por su frescura olímpica, que hacia reír á la gente de las tribunas; y como mi hombre tanto á los *galerios* como á los diputados les aporreaba á verdades, cada vez que hablaba todo Cádiz se ponía en movimiento. La fama de estas hazañas, así como la de sus mortíferos discursos, corrió por toda España, de tal suerte que cuando Su Majestad volvió de Valencey, estuvo en un tris que me lo hiciera obispo.

El fué quien durante las causas de que ántes hablé, reveló los *pensamientos* de sus compañeros de Congreso en las sesiones secretas. Eso sí, tenia mi D. Blás una memoria asombrosa, y no dijeron los charlatanes palabrilla pecaminosa ni herética argucia que él no recordase, por lo cual su boca fué una mina de oro en aquellos benditos autos.

Era tan celoso por la causa del Rey y del buen régimen de la monarquía, que si le dejaran ¡Dios poderoso! habria suprimido por in-

necesaria la mitad de los españoles, para que pudiera vivir en paz y disfrutar mansamente de los bienes del reino la otra mitad. Fué de ver cómo se puso aquel hombre cuando se restableció la Inquisición. Parecía no caber en su pellejo de puro gozoso. Una sola pena entristecía su alma cristiana, y era que no le hubieran nombrado Inquisidor general. ¡Oh! entónces no se habria dado el escándalo de que se pasearan tranquilamente por Madrid muchos tunantes que tenían sus casas atestadas de libros y que recibían gacetas extranjeras sin que nadie se metiese con ellos.

No sólo era predicador insigne, sino que como escritor religioso bien puede decirse que Melchor Cano, Sanchez y el padre Rivadeneyra, comparados con él, ignoraban donde tenían las narices. ¿A qué rincón de la Europa culta no llegaron sus célebres novenas, impresas con las armas reales, amen del retrato del monarca, y en las cuales, ora en prosa ora en verso, aparecían charlando barba con barba Dios y Fernando VII? ¡Válgame los cielos! Aquello era escribir, y quien no ha visto tales cosas no sabe lo que es literatura.

En tratándose de púlpito no había otro. Era cosa de estar oyéndole con la boca abierta, sin perder ni una sílaba de su pasmosa elo-

cuencia. No le habian de pedir que hablase de los santos ni de religion, que eso era para predicadorcillos de tumba y hachero. El, desde que ponía el pié en la grada, la emprendía con las Córtes, con los diputados, con las ideas liberales, y mientras más hablaba, aún parecía que se le quedaban dentro más vituperios por decir. En tocando este punto llevaba hilo de no acabar en tres días. La gente se aporreaba en las puertas de los templos para entrar á oírle, y... no hay que darle vueltas... ¡Ni don Ramon de la Cruz con sus sainetes populares atrajo más gente! ¡Y cómo entusiasmaba á la multitud! Oíanse gritos dentro de la iglesia, y si al salir de ella hubieran topado los fieles con algun liberal, ya habria podido este encomendarse al diablo.

Fué, en verdad, grandísimo error que no le dieran la mitra que pretendió y por la cual bebió vientos y tempestades en las antecámaras de palacio. El Sr. Creux, á quien prefirieron, no habia revelado tan fielmente como Ostolaza los pensamientos de sus compañeros los diputados. Pero no era hombre D. Blás á propósito para quedarse callado ante el desaire, y volviendo por los fueros de su dignidad ofendida, habló más que siete procuradores, aderezando su charla con cierta intriga un poco su-

bida de punto. Pero ni por esas: en vez de hacerle caso, le mortificaron más. No puede darse mayor injusticia. Llegó la crueldad hasta el extremo de alejarle de la corte, nombrándole director de la casa de niñas huérfanas de Murcia. Y lo peor es que no paró aquí la persecucion del inimitable D. Blás, pues ¡mentira parece! se dijo que su conducta en el referido colegio no era un modelo de honestidad; y lo aseguraba todo el mundo, siendo tales y tan feos los casos que se contaban, que parecian pura verdad. Lo que más me confirmaba á mí, conocedor de nuestra justicia, en que D. Blás era inocente, fué el ver que le formaron causa. ¡Desgraciado sugeto! Preso estuvo en la Cartuja de Sevilla, y despues confinado á las Batauecas, consumiéndose de tristeza. ¡Quién se lo habia de decir á él y á todos sus amigos! ¡Triste era, en verdad, considerar incapacitados aquellos grandes brios que tenia para todo, oscurecida aquella luminosa facundia para el púlpito, imposibilitadas aquellas manos de ángel para enredar los hilos de la conspiracion menuda!

De su piedad y devocion, ¿qué puedo decir sino que edificaba á todos, y especialmente al infante, de quien era director espiritual? Pues ¿á quién sino á mi amigo debió D. Carlos el

haber salido tan temeroso de Dios, tan fiel esclavo de los preceptos religiosos, que más que príncipe y futuro candidato al trono, parecía un santo, según era de compungido dentro de la iglesia y ejemplar fuera de ella en todos sus actos y palabras? Amaba tan entrañablemente D. Carlos á su confesor, que no se podía pasar sin él. Rezaban juntos por las noches, y cuando el príncipe se acostaba, Ostolaza, después de decir las últimas oraciones fervorosamente prosternado ante la imagen de Nuestra Señora, rociaba el lecho de S. A. con agua bendita para alejar los sueños pecaminosos.

No se crea por esto que mi amigo era gazmoño ni melindroso, que esto habría sido grave falta en un hombre llamado á las luchas del mundo. Sabía perfectamente dar á cada hora su propio afán, concediendo parte del tiempo á las buenas relaciones sociales, porque igualmente se ha de cumplir con Dios y con los hombres. Por tal ley, Ostolaza, luego que dejaba á su hijo espiritual dentro de las purificadas sábanas, bien santiguado y bien rociado por banda y banda, de tal modo que en la alcoba régia se podrían pasear los serafines; luego que D. Blás, repito, desempeñaba así su difícil cargo, se embozaba en su capa, ya avanzada la noche, y corría á la calle, apretado por

el deseo de compensar los muchos afanes con un poco de libre holganza. Yo no sé adonde iba, porque se recataba mucho de los amigos, pero es indudable que no pasaba la noche al raso, ni buscando yerbas á lo anacoreta, ni mirando al cielo como astrólogo. Lo de no querer que sus amigos le vieran á tales horas y el esconderse de ellos, se explica en varon tan meticuloso por su deseo de apartarse de los peligros que siempre traen consigo las malas compañías.

Cara redonda y arrebolada, gestos muy vivos y un modo de mirar que daba á conocer á tiro de ballesta su superioridad; un cuerpo sólido; una voz campanuda y gruesa, como toda voz creada para decir grandes cosas, formaban el físico de aquel mi nuevo amigo, á quien tanto debí, y á quien hoy pago un piquillo nada más de la inmensa deuda de gratitud que con él tengo, sacándole á relucir en estas mis *Memorias*, aunque su fama no necesita tardías trompetas para sonar por todo el orbe.

¡Ay! ya no nacen hombres como aquel. No sé qué se ha hecho del jugo poderoso de esta tierra fecunda. Generacion de enanos, mira aquí los gigantes de que has nacido.



## VI

Nos tratamos, como he dicho, en casa de las señoras de Porreño. El había oído hablar de mí y deseaba conocerme. Pidióme el primer día de nuestro trato algunos favores y se los hice con el mayor gozo. No era más que emparejar unos expedientes de un hermano suyo, teniente de resguardo, á quien la Real Hacienda se había empeñado en mortificar impiamente por unas cuentas... ¿Pues no se le había antojado al badulaque del ministro oprimir y vejar instituciones tan honradas como las tenencias de resguardo? En fin, todo se arregló á maravilla y se acabaron los disgustos. Por mi parte nada pedí á D. Blás sino que me tuviera presente en sus oraciones; pero un día sin prévia solicitud, ni esperanza, ni aún sospecha, encontréme ascendido á una plaza de cuarenta mil reales en Tercias Reales.

Es que el gobierno buscaba empleados celosos, y cuando alguno llegaba á hacerse nombre en la administracion, no necesitaba empeños. Llegó á mis oídos que el ministro, al ver mi nombramiento, se puso furioso, diciendo de mí

cuanto la envidia y mala voluntad pueden inspirar á un ministro regañon, el cual no sólo me puso cual no digan dueñas, sino que se negó á darme posesion del nuevo destino; pero la órden venia de arriba, es decir, venia de la cámara real, en forma de minuta extendida por el ayuda de cámara y firmada por ÉL... Don Cristóbal Góngora, ministro de Hacienda, bajó la cabeza y yo alcé la mia. No está demás decir que un ministro era entónces un cero á la izquierda, un secretarillo del despacho, que á veces daba compasion. No servian para maldita la cosa, y fuera del *coram vobis*, allá se iban con cualquier escribiente. Todos saben que á un célebre ministro y hombre de Estado y gran repúblico, le destituyó el Rey entónces *por su cortedad de vista*.

Llevóme Ostolaza, como he dicho, á la tertulia del infante D. Antonio, hijo de Carlos III y famoso por su despedida *al Sr. Gil* en 2 de Mayo de 1808. Aquella epopeya tuvo tambien su bufonada. El infante era viejo y no tenia pretensiones de buen decir, siendo su lenguaje, así como sus ideas, de hombre campechano y rudo. Hacia gala de ignorancia. Carlos III, ante quien los ayos de D. Antonio se alzaron en queja, lamentando la desaplicacion del niño, dijo: *„si el infante no quiere*

*estudiar, que no estudie,*" y el chico lo hizo al pié de la letra. Cuando fué grande se dedicó á los libros... quiero decir que era encuadernador.

Sí; encuadernaba primorosamente, hacia jaulas y tocaba la zampoña, artes de gran utilidad y nobleza en un hijo de reyes. Su fisonomía era inocentona, y cuantos le veían juzgábanle bueno. En su edad madura aprendió á conspirar. Conspiró en Aranjuez para echar á Godoy y destronar á su hermano. Conspiró en Valencey y en todo el camino de Valencey á Madrid para dar el golpe á la Constitucion. Ultimamente habia descuidado la zampoña y las jaulas y metídose á repúblico, mostrándose tan entusiasta que su cuarto era, como si dijéramos, el gabinete de las piadosas delaciones ó la primera instancia de las comisiones de Estado. La Inquisicion restablecida, el decreto contra los afrancesados, el que dispuso la devolucion á los frailes de los bienes vendidos, fueron primero ¡oh Providencia! huevecillos que al calor de aquella reunion y bajo las alas del infante, se abrieron para echar al mundo arrogantes polluelos. ¡Cuántas medidas benéficas salieron de allí! ¡Cuántos hombres modestos y oscuros se dieron á conocer por tal medio! ¡Cuántas grandezas dió á luz la famosa ter-

tulia, en que resplandecian astros tan brillantes como D. Pedro Gravina, el célebre nuncio á quien dió los pasaportes la Regencia de Cádiz, el duque del Infantado, general que tenia la mejor mano del mundo para perder todas las batallas en que se encontraba, el famoso canónigo Escoiquiz, á quien Napoleon tiraba de las orejas, y mi buen Ostolaza, del cual ya he dicho todo cuanto hay que decir!

¡Qué hombres tan eminentes! ¡Cuán agradable era su conversacion, cuán ameno su trato, sin dejar de ser provechoso, por las muchas enseñanzas útiles que á cada instante caian como celestial maná de aquellas insignes bocas! No se crea que el Nuncio D. Pedro Gravina nos aburría con teologías ni palabrotas de moral cristiana: por el contrario, era el hombre más salado del mundo para idear persecuciones, y su agudo ingenio nos tenia siempre con la felicitacion en los lábios.

El duque del I... era otro que tal. ¡Cuántas grandezas podrian contarse de aquel insigne prócer y guerrero! Acaudillando nuestras tropas en la guerra de la Independencia, tuvo la amargura de verlas derrotadas. Como político, aunque en Cádiz le calumniaron, suponiéndole algo liberal, bien puede asegurarse que era más realista que el Rey. En 1815 ocupaba uno de los



primeros puestos de la nación, la presidencia del Real Consejo de Castilla. Había que ver su llaneza en todo lo que no fuera de oficio. ¡Excelente señor! ¡Cuántas veces le ví en un palco del teatro del Príncipe, acompañado de *Pepa la Malagueña!*

En la tertulia del infante era el noticiero mayor, por lo cual siempre que entraba, decíamos: «Ahí viene la *Gaceta de Holanda.*» No faltaban nunca nuevas de importancia que nos sirvieran de placentero entretenimiento, tales como un nuevo cargamento de presos para Filipinas ó el buen éxito de las comisiones militares en provincias, y el inimitable celo con que Negrete sentaba la mano á los liberalotes de Andalucía.

Escoiquiz criticaba mucho al gobierno porque no era bastante enérgico y consentía que un Macanáz soñase con resucitar las Córtes, aunque vestidas á la antigua. Ostolaza y yo hacíamos un espurgo de todos, absolutamente de todos los individuos que figuraban por aquellos días. Señalábamos los que nos parecían buenos á carta cabal, los tibios ó fililies y los sospechosos á quienes precisaba quitar de en medio lo más pronto posible. Aquí era donde yo me lucía, porque se me ocurrían invenciones tan peregrinas para echar por tierra á

cualquier señoron de los más trompeteados; sin hacer ruido ni ofenderle descubiertamente, que se embobaban oyéndome. Bien pronto llegué á hacerme tan importante en la pequeña córte del infante, que éste mismo, siempre que se hablaba de algo referente á zancadillas en proyecto ó quiebros por realizar, me miraba atentamente para conocer en el semblante mi opinion ántes de emitir la suya.

¡Y cuidado si era sábio el príncipe! Como que la Universidad de Alcalá le hizo doctor de golpe y porrazo, dándole patente de Aristóteles. Nombróle el Rey poco despues gran almirante de sus escuadras, por cuyo motivo, aunque nunca habia visto el mar, dióse al estudio de la náutica, y en la conversacion corriente encajaba términos de marina, diciendo con mucho énfasis: "*Las cosas van viento en popa,*" ó bien "*echareremos á pique á los liberales.*"

Yo crecia en favor, en importancia, en poder de dia en dia. Eran tantos los asuntos delicados, espinosos y resbaladizos que se me confiaban, que me ví obligado á valerme de agentes. ¡Y cómo me festejaban y mimaban los grandes señores, sin dejarme nunca de la mano! Todo era "Pipaon acá, Pipaon allá," y á cualquier hora Pipaon para todo.

Pues ¡y las peticiones de destinos? Como las